

¿DE VERDAD HAY QUE SALVAR A LA VERDAD DE LAS PARADOJAS?

COMENTARIO CRÍTICO A HARTRY FIELD. *Saving truth from paradox*. Oxford University Press, Nueva York, 2008, xvi + 406 pp, US\$ 40.00, ISBN: 978-0-19-923074-7

§1. Introducción y presupuestos. *Saving Truth from Paradox* es, como su autor afirma al comienzo del Prefacio, “an opinionated survey of philosophical work on paradoxes of truth and of related notions” (p. vii). Dada la relevancia del tema de la verdad, por un lado, y la extraordinaria influencia que las diversas soluciones a las paradojas semánticas han ejercido sobre el desarrollo de la filosofía del lenguaje y de la lógica en el siglo pasado, por otro, la propuesta de Hartry Field bien merece un comentario que se detenga en los detalles técnicos y sus presupuestos filosóficos. En el comentario que se ofrece a continuación son distinguibles dos niveles de análisis independientes. Un nivel es descriptivo del contenido y las características de la obra, el otro nivel es el nivel de la discusión filosófica del trasfondo teórico en el que se inserta esta obra de Field y de sus consecuencias. Los dos niveles aparecerán entremezclados, pero serán fácilmente identificables.

Antes de comenzar con los detalles, es preciso dejar constancia de que *Saving Truth from Paradox* es una obra extraordinariamente bien documentada, muy útil para conocer el significado filosófico de muchas de las mejores propuestas de solución de las paradojas, escrita con gran claridad a pesar de la dificultad del tema y que incluye una amplia colección de valiosas observaciones filosóficas. El autor asegura en el Prefacio que su intención ha sido mantener las discusiones en un nivel no demasiado técnico, dada la naturaleza de las mismas. El objetivo está cumplido sólo a medias. Qué sea muy técnico o poco técnico es siempre una cuestión relativa. Es cierto que se pueden encontrar tratamientos de estos asuntos sólo accesibles a personas con una sólida formación en lógica matemática, y que éste no es el caso del libro que nos ocupa. Pero aún así, esta obra exige del lector familiaridad con los aspectos más formales de la filosofía del siglo XX. *Saving Truth from Paradox* va dirigida a especialistas, a profesionales de la filosofía y a estudiantes de doctorado. No es una obra para el gran público.

El argumento general de la obra es el siguiente: tras una exposición y comentario crítico de (la mayor parte de) las soluciones que a lo largo del siglo pasado se han ofrecido para tratar de frenar el daño que la paradoja del mentiroso parece infligir a la semántica y a la lógica, Field considera que lo menos costoso en términos de renuncia a principios intuitivamente establecidos que afectan a la noción de verdad es debilitar la lógica clásica y rendirse a un tratamiento paraconsistente que asuma algunas contradicciones. En particular, se defiende que la oración del mentiroso y su negación pueden ambas sostenerse, sin que esto signifique aceptar cualquier cosa como consecuencia. Aunque Graham Priest es el interlocutor de Field en su propuesta paraconsistente, Field es crítico respecto de muchas de las tesis mas controvertidas del primero. No obstante, muestra mucha mayor comprensión con el dialeteísmo de lo que lo hacía en escritos anteriores. Al final de la obra no se percibe con claridad una propuesta de solución a las paradojas que Field defienda de manera original. La posibilidad de debilitar la lógica clásica se considera con simpatía, pero no hay un desarrollo detallado que muestre en qué se concreta esta simpatía, mas allá de las diversas expresiones de apoyo o rechazo a tesis de Priest.

Las únicas afirmaciones no triviales respecto de la verdad a las que Field se adhiere abiertamente, y que aparece en diversos lugares de la obra, son (i) la tesis de que la verdad es un mecanismo de generalización y (ii) la tesis de que la verdad permite mostrar acuerdo, aunque ésta no sea su única función. Sorprende en este sentido que no se incluya un análisis de las teorías proracionales de la verdad que justamente han hecho bandera de estas dos tesis. Igualmente sorprende el desdén, si no la abierta animadversión, con

el que Field trata las soluciones proposicionales a la paradoja del mentiroso que son, estrictamente hablando, las únicas compatibles con la consideración de la verdad como instrumento de generalización y como expresión de acuerdo.

El libro consta de 27 capítulos, organizados en cinco partes, además de un Prefacio y una Introducción en las que se explican los motivos del autor para escribir esta obra y el propósito general de la misma.

La Introducción comienza con la exposición y comentario de la Paradoja de Grelling, la paradoja de “heterológico”. Un predicado es heterológico si, y sólo si, no se predica de sí mismo. La paradoja surge cuando uno se pregunta si heterológico es o no heterológico. Field aplica el argumento que da lugar a la paradoja al predicado “verdadero-de”, que es en realidad lo que “heterológico” significa, y continúa con dos versiones de la paradoja de Russell, para propiedades y para conjuntos. La segunda parte de la Introducción la dedica a exponer las soluciones clásicas que pasan por matizar qué es exactamente un predicado o qué significa que una entidad instancie una propiedad. Finalmente Field toma en consideración una solución paraconsistente: que algunos predicados pueden predicarse y no predicarse a la vez de sí mismos. Field considera que las paradojas nos colocan ante una disyuntiva inevitable: o bien se rechazan o restringen algunos principios bien establecidos de la lógica clásica o bien se modifican algunos principios obvios que rigen el funcionamiento de los predicados de verdad e instanciación (p.17). Su sugerencia preliminar en este punto es restringir la Ley del Tercio Excluido (p.15).

La propuesta de debilitar alguna ley de la lógica clásica coloca el análisis de Field en el grupo de las propuestas no-clásicas. La elegida es el dialetheismo (*dialetheism*), defendido por Graham Priest, que se discute en la última sección del libro.

A pesar de las simpatías dialeteistas, *Saving Truth from Paradox* es una obra clásica en cuanto a sus presupuestos, completamente imbricada en las tradiciones de la lógica y su filosofía que han sido dominantes durante el siglo XX (y que precisamente han dado lugar a las paradojas). No se discute, por ejemplo, la capacidad de los lenguajes formales para representar nociones del lenguaje natural, como la verdad, ni se pone en cuestión la capacidad de la lógica para ofrecer definiciones aplicables a conceptos no-lógicos. Es en este sentido en el que el trasfondo de la discusión es el habitual, como muestra el tipo de autores y propuestas que se analizan. Esto no significa ningún demérito, sino sólo una toma de partido filosófica que es necesario tener en cuenta a la hora de evaluar el alcance de la propuesta de Field.

Al final de la Introducción, Field afirma:

Perhaps there are subtle techniques of linguistic analysis that would enable us to discover that certain of these principles involved in the paradoxes aren't really constitutive of the “meanings” that English speakers attach to their words in the way that the rest of the principles are, but I am skeptical. But these linguistic questions, even if deemed clear, strike me as of very little interest. The paradoxes show that there's something wrong with firmly held patterns of reasoning, whether or not these patterns are meaning-constitutive (p. 17).

El texto merece un comentario, porque la actitud que se desprende de él es una constante a lo largo de la obra. Field considera que las cuestiones lingüísticas tienen poco interés para el análisis y solución de las paradojas semánticas, lo que no deja de ser curioso teniendo en cuenta que las paradojas son *semánticas*. Ésta ha sido la opinión que la filosofía analítica ha sostenido en el pasado siglo como una de sus señas de identidad: el lenguaje natural tiene defectos insolubles por lo que hay que recurrir a lenguajes artificiales que permitan un tratamiento consistente y lógicamente correcto de los conceptos. Con la expresión “filosofía analítica” se hace aquí referencia a una tradición

filosófica que tuvo su origen en la filosofía del atomismo lógico de Russell y Wittgenstein y en la filosofía del Círculo de Viena, que tiene a sus máximos representantes en Moritz Schlick, Rudolf Carnap y Otto Neurath. La filosofía analítica no es una escuela filosófica bien delimitada, pero hay un núcleo de principios que la identifican. Entre ellos, los que aquí nos interesan son dos: (1) El principio verificacionista del significado, que supone en la práctica un reduccionismo de lo que se puede decir con sentido a aquello que puede ser expresado en el lenguaje de las ciencias naturales, y (2) la idea genérica de que el rigor propio de la filosofía y la ciencia exige la sustitución del lenguaje natural por algún lenguaje artificial, lógicamente correcto. Esta visión del lenguaje ha dejado en las últimas décadas de ser obvia. Si la lógica formal tiene algún interés, éste ha de derivarse de su capacidad para representar pautas de argumentación reales, por muy idealizadas que se quieran. Si los lenguajes artificiales han de tener alguna relevancia filosófica (aparte de su interés matemático como estructuras formales), ésta ha de derivarse de su *status* de modelos idealizados de algunos aspectos del sistema de conceptos que los lenguajes naturales representa. Aplicado al caso de la verdad, debería ser un objetivo prioritario de la filosofía del lenguaje y de la lógica el entender qué es lo que los hablantes pretenden cuando usan la noción de verdad en sus intercambios comunicativos. Sólo cuando el significado real, encarnado en las conductas reales de hablantes, esté claro, podremos los teóricos dar un paso más y analizar cuál es la función de la noción de verdad en los lenguajes formalizados construidos para modelar aspectos parciales de nuestra conducta lingüística. Por esta razón, los desarrollos de la lingüística no pueden considerarse “de poco interés” a la hora de fundamentar los análisis lógicos.

Field tiene, no obstante, razón cuando afirma que las paradojas muestran que hay algo equivocado en nuestros patrones de razonamiento. Lo que las paradojas no señalan es dónde está el error, y es posible que éste se encuentre no tanto en los hábitos cotidianos de argumentación, que difícilmente dan lugar a contradicciones (como muestra la pragmática contemporánea), sino precisamente en los principios clásicos de la filosofía analítica que sirven de soporte al análisis de Field.

Las cinco partes en las que la obra se estructura son las siguientes:

Parte I. Un trasfondo selectivo (*A selective background*)

Parte II. Aproximaciones clásicas en sentido amplio (*Broadly classical approaches*)

Parte III. Paracompletud (*Paracompleteness*)

Parte IV. Más sobre soluciones paracompletas (*More on paracomplete solutions*)

Parte V. Dialeteismo paraconsistente (*Paraconsistent Dialetheism*)

§2. El trasfondo teórico. El capítulo 1 de la parte I se titula “Self-reference and Tarski’s Theorem”. El tema central es la exposición de los mecanismos que las teorías matemáticas estándar han desarrollado para bloquear la aparición de paradojas sin tener que renunciar a los mecanismos auto-referenciales. Se detecta que todas las versiones de las paradojas se producen cuando se plantean oraciones que afirman, directa o indirectamente, algo de sí mismas. Los mecanismos auto-referenciales no son *per se* reprochables, como lo muestran los teoremas de Gödel, por lo que hay que buscar la manera de restringirlos sin eliminarlos. Las teorías matemáticas que se han enfrentado con las paradojas han recurrido a la estrategia de reducir la capacidad expresiva de los lenguajes que se aceptan. Esta práctica comenzó con Tarski y su diagnóstico del problema como fruto del rasgo de universalidad del lenguaje natural, y ha sido asumida por una buena parte de las propuestas que han venido a continuación. En el capítulo se analiza el Teorema de Indefinibilidad de Tarski en diversas versiones. El teorema de Tarski es el siguiente:

TEOREMA DE LA INDEFINIBILIDAD DE TARSKI. Si $B(v)$ es cualquier fórmula en un lenguaje sintáctico $\mathcal{L}$, en la que v es su única variable libre, entonces hay una fórmula Q de tal lenguaje para que $\vdash_{\mathcal{L}} Q \leftrightarrow \neg B(Q)$.

Field propone tres soluciones posibles a la paradoja derivada de la aplicación del teorema al predicado de verdad:

- (i) Asumir que no hay un concepto de verdad completo, libre de problemas
- (ii) Suponer que tal concepto existe, aunque viola el esquema de Tarski
- (iii) Suponer que tal concepto existe, pero aceptar que su tratamiento exige que se debiliten de algún modo las leyes de la lógica clásica (p. 30).

El camino que él va a seguir es (iii). Field es consciente de lo que supone renunciar a partes de la lógica clásica pero afirma:

The viewpoint underlying this book is that because it is extremely easy to enter the dangerous domain inadvertently, the cost of ensuring that one doesn't enter it is extraordinarily high (p. 31).

En el capítulo 2, "Validity and the Unprovability of Soundness", Field discute la definición clásica de validez como preservación de la verdad y considera dos posibles maneras de abordarla: considerarla primitiva y, sobre ella, definir la noción de necesidad lógica, o hacerlo al revés, definir validez usando la necesidad lógica. Field llama el *Argumento de la Validez* al argumento que identifica la afirmación de que $A_1, \dots, A_n \models B$ con la afirmación de que $\Box (\text{Verdadero}(A_1) \wedge \dots \wedge \text{Verdadero}(A_n)) \rightarrow \text{Verdadero}(B)$. En los capítulos siguientes tratará de mostrar que, en cualquier teoría de la verdad, el argumento es problemático, a pesar de su aparente obviedad. Para analizar convenientemente la noción de consecuencia lógica, expone las características, pros y contras de la noción tarskiana de "verdad-en-un-modelo". Comenta asimismo lo que él llama el *Argumento de la Corrección*:

ARGUMENTO DE LA CORRECCIÓN. Para cualquier oración B , si B es derivable (sin asunciones) en una prueba, entonces B es verdadero en todo modelo. (p.48)

El argumento no puede probarse en ningún sistema consistente, algo que se deriva del segundo teorema de incompletud de Gödel.

La estrategia de Field en este capítulo consiste en arrojar dudas sobre ambos argumentos, con el fin de mostrar que el análisis de la verdad de Tarski no es apropiado. Y hace esto último insistiendo en que la verdad-en-un-modelo no coincide con la noción de verdad real. La distinción resulta curiosa en este contexto, teniendo en cuenta el desprecio que esta tradición profesa por las nociones corrientes, y por los análisis de la lingüística. Justamente, la tradición que comienza con Tarski y a cuyas líneas maestras se adhiere el análisis de Field parte de la asunción de que la noción de verdad real es contradictoria y que, por tanto, ha de ser modificada. El único argumento que ofrece a favor de la distinción entre verdad real y verdad-en-un-modelo consiste en mostrar que puede ocurrir que lo que sea verdadero en un modelo clásico podría no ser verdadero en un modelo no clásico. Esto es así, desde luego. Pero lo único que el argumento muestra es que, dependiendo de los modelos que se consideren, el predicado "verdadero" se aplicará a cosas diferentes, esto es, que la extensión de la noción variará, pero no muestra que haya diferencias en la noción de verdad. También expresa Field su preocupación de que, incluso dentro del ámbito de los modelos clásicos, los modelos no son la realidad con lo que de nuevo aparece la laguna entre verdad-en-un-modelo y la verdad real.

En el capítulo 3, "Kripke's Theory of Truth (Strong Kleene Version)", Field explora la solución de Kripke del punto fijo. La ventaja de la teoría de Kripke sobre la de Tarski es que Kripke incorpora un procedimiento para asignar el nivel apropiado (en la jerarquía tarskiana de lenguajes) a cada oración en la que aparezca el predicado de verdad. El

diagnóstico de Field es que la construcción de Kripke, que se conoce como KFS, sólo funciona para lenguajes restringidos, esto es, lenguajes que no contengan cuantificadores irrestrictos. Sin embargo, nuestros lenguajes, se asume, son irrestrictos en ese sentido, por lo que la conclusión que se extrae es que el tratamiento de Kripke tampoco es correcto.

A continuación se introduce el tema de los huecos en el valor de verdad de las oraciones aplicado a la paradoja del mentiroso, la oración del mentiroso no es ni verdadera ni no verdadera, y propone al final del capítulo una forma debilitada de negación para tratar casos problemáticos como éste.

Al margen del interés intrínseco de la argumentación de Field, y tomando en consideración la seriedad y autoridad de sus propuestas, algunas afirmaciones de este capítulo y de los anteriores merecen comentarios, ya que constituyen, como reza la sección, el “trasfondo selectivo” de su tratamiento.

Al comienzo de este capítulo, Field se hace eco de una opinión expresada por Anil Gupta; Gupta hace un comentario poco elogioso de la forma en la que Burge propone que se asignen niveles a las oraciones en la teoría de Kripke. El texto de Gupta es el siguiente:

It seems to me, *pace* Burge, that if we allow the Tarskian route then the theory of levels constitutes the heart of a theory of truth. It does not belong in the garbage dump of informal pragmatics (p. 57).

La estrategia de Field contra Tarski y contra Kripke consiste, de nuevo, en poner de manifiesto las diferencias entre las nociones corrientes y las nociones formales definidas dentro de estas teorías. Esta estrategia es sorprendente, teniendo en cuenta las opciones teóricas por las que Field opta. Uno está en su derecho de expresar la opinión que desee acerca de los métodos de la pragmática, o de la filosofía del lenguaje en general. Pero si la evaluación que se hace de estas aproximaciones al lenguaje es tan negativa como la de Gupta y la de Field, lo coherente sería no recurrir al contraste entre las definiciones y teorías formales, por un lado, y las intuiciones que derivan de nuestro uso cotidiano de las palabras, por otro. La comprensión del significado de las nociones comunes es asunto de la filosofía del lenguaje y la lingüística, y desde luego el punto de vista pragmático es central a la hora de entender cómo esas nociones se usan. Pero entonces los resultados de estas ciencias del lenguaje, que han experimentado un extraordinario desarrollo en las últimas décadas, no deberían pasarse por alto.

Sin embargo, lo que Field hace es criticar teorías formales, la de Tarski y sus modificaciones y la de Kripke y sus modificaciones, por no ser capaces de recoger las nociones intuitivas. Y al mismo tiempo mostrar su desprecio por las teorías que proponen análisis de estas nociones. Si la noción de verdad cotidiana es contradictoria, como Tarski proclama y todo el mundo parece asumir, entonces ¿qué problema habría en que las teorías de Tarski y Kripke no fueran capaces de dar cuenta de ella? Y derivadamente, ¿qué problema podría haber en que la teoría de modelos estándar no sea capaz de recoger la noción de validez genuina, como algo distinto de la noción de validez definida dentro de la teoría?

Otro asunto que merece comentario es la utilización que se hace de los cuantificadores irrestrictos. Muchas de las soluciones tratadas en este capítulo funcionan, en opinión de Field, para lenguajes con cuantificadores restringidos y dejan de funcionar cuando se incluyen cuantificadores irrestrictos. Éste es un tema amplio y no va a ser discutido aquí, pero merece la pena insistir en que la filosofía del lenguaje contemporánea mayoritariamente rechaza la existencia de cuantificadores irrestrictos en el lenguaje natural. Los cuantificadores incorporan un mecanismo pragmático de restricción contextual de su alcance; de otro modo siempre que usáramos un cuantificador universal en nuestros

intercambios reales estaríamos diciendo algo estrictamente falso (con la excepción de uso en oraciones analíticas del tipo “todos los solteros son no-casados”).

El capítulo 4, “Adding a Conditional? Curry and Łukasiewicz”, trata de cómo se comporta la teoría de Tarski en un lenguaje como KFS más un condicional. Tampoco el resultado es satisfactorio. En el capítulo 5, “Interlude on Vagueness, and the Paradoxes of König and Berry”, Field explora las conexiones entre las paradojas de la vaguedad y las paradojas semánticas. La conclusión que se apunta consiste en el abandono de algunas reglas de la lógica clásica.

§3. Soluciones clásicas. En la segunda parte de la obra, que reúne 11 capítulos y una pequeña introducción, se exploran las respuestas clásicas a las paradojas semánticas. Field las clasifica en cuatro grupos:

- (1) las que rechazan la noción de verdad (cambiándola por otra que posiblemente no respete el esquema de Tarski, $A \leftrightarrow \text{Es verdadero } (A)$)
- (2) las que mantienen la noción pero se las ingenian para bloquear la oración del mentiroso
- (3) las que restringen el esquema de Tarski
- (4) las que restringen la lógica clásica de modo que (*),
 (*) $\text{Es verdadero } (A) \leftrightarrow \neg \text{Es verdadero } (A)$,
 no sea contradictorio, o al menos no permita la derivación de cualquier cosa.

Las posibilidades que Field toma en consideración en esta parte serán en su mayoría del tipo (3). En el capítulo 7, “Truth-Value Gaps in Classical Theories”, se discutirán las propuestas que abogan por huecos en los valores de verdad. Una estrategia natural, explica Field en la p. 121, consiste en dividir el esquema de verdad de Tarski en sus dos direcciones. Por un lado la eliminación del operador, (T-OUT),

(T-OUT) Verdadero (A) $\rightarrow$ A

y por otro la introducción, (T-IN),

(T-IN) A $\rightarrow$ Verdadero (A).

En este capítulo se exploran las propuestas que rechazan (T-IN) por diversos motivos. Un tipo de propuestas que se expone y rechaza son las que recurren a proposiciones, en vez de trabajar con oraciones. Estas propuestas se caracterizan por asumir un debilitado (T-IN),

(T-IN Débil) (Hay una proposición de que A) $\rightarrow$ (A $\rightarrow$ Verdadero (A)).

Field rechaza esta vía. En sus propias palabras:

Before expressing my doubts about the helpfulness of this, I would like to point out (what is widely known but still deserves emphasis) that it simply won't work on any ordinary notion of proposition. (pp. 132-3)

El tratamiento de Field de esta vía y las palabras citadas merecen comentario por varias razones. En primer lugar porque no es verdad que no haya ninguna concepción de lo que es una proposición para la que funcione (T-IN Débil): (T-IN Débil) funciona perfectamente para la noción estándar de proposición. Una proposición es lo que se dice mediante una oración declarativa en un acto de habla con fuerza asertiva que resulte exitoso. Ésta es la noción de proposición que se usa en la Teoría de Actos de Habla, y que la filosofía del lenguaje asume contemporáneamente. Hay debate entre los filósofos del lenguaje contemporáneos acerca de cómo se construye “lo que se dice” y la relevancia de los factores contextuales no anclados lingüísticamente en su construcción (RECANATI 2004 está dedicado a la evaluación de las distintas propuestas acerca de qué es lo que se incluye en la proposición expresada por una preferencia de una determinada oración declarativa). Pero las diferencias no afectan al funcionamiento de la noción de verdad.

El argumento de Field (y de otros muchos,—como él mismo dice es “widely known”—) contra la solución de las proposiciones falla por varios motivos:

1. Para construir una proposición no basta prefijar el operador “la proposición de que” a una variable oracional. Una proposición es una entidad no lingüística y se da o no dependiendo del acto de habla implicado y sus condiciones de satisfacción. Lo contrario, intentar trasladar el contenido de las proposiciones a fórmulas, no añade nada a los análisis clásicos que tratan con oraciones. El argumento de Field (y de otros muchos) parece considerar proposiciones y mostrar por qué no son apropiadas, pero simplemente no las toca siquiera.
2. La principal crítica que se dirige contra la solución de las proposiciones tiene que ver con el hecho, señalado por Kripke, de que uno se puede encontrar con afirmaciones paradójicas de manera contingente. Por ejemplo, uno puede afirmar que lo que dice la persona menos inteligente de la reunión no es verdad, creyendo que uno se está refiriendo a Joe Schmoe, que ha afirmado que Maine es más grande que Colorado. El hablante cree de este modo que está diciendo que Maine no es más grande que Colorado, algo que es verdad, pero resulta que la persona menos inteligente de la reunión es él mismo, de modo que, según el argumento, uno cae en una versión del mentiroso inadvertidamente. Llamemos a este argumento “el Mentiroso Contingente” (MC). El recurso a las proposiciones, considera Field con razón, no soluciona este problema, por lo que no es tampoco apropiado.

Merece la pena analizar con algo de detalle las afirmaciones contenidas en el MC porque el argumento se usa varias veces a lo largo de la obra. Hay una serie de confusiones básicas en el uso del MC contra cualquier propuesta de análisis de la noción de verdad. MC puede considerarse a lo sumo como una curiosidad de nuestro uso del lenguaje, pero en ningún caso como una contradicción que afecta a la noción. Las paradojas contingentes lo único que muestran es que nuestros actos de habla pueden fracasar por razones que se escapan a nuestro control. Esto ocurre con la noción de verdad, pero también con cualquier otra noción. Austin, en *How to do Things with Words* (1962) habla de infortunios para referirse a estos casos y los relaciona con los verbos realizativos, pero el externismo contemporáneo derivado de los trabajos de KRIPKE (1980) y PUTNAM (1975) hace las mismas observaciones acerca de términos de género natural como “agua” o “oro”, o de términos singulares de todo tipo. Que un hablante se encuentre con que el contenido de lo que afirma no es el contenido que pretendía afirmar dejó de ser un problema en la filosofía del lenguaje desde que reconocimos que los significados no están en las cabezas de los hablantes (PUTNAM (1975)) y que los hablantes tampoco tienen un acceso privilegiado a sus contenidos mentales (PUTNAM (1975), KRIPKE (1980), BURGE (1976)).

No hay nada grave en MC. Pero su utilización contra ciertas propuestas de solución del mentiroso encierra aún otra confusión más básica. Veamos el ejemplo de MC que Field utiliza:

Joe Schmoe: Maine es mayor que Colorado

Yo: Lo que la persona menos inteligente de la reunión ha dicho no es verdad.

[Yo creo haber dicho: Maine no es más grande que Colorado]

El hecho de que lo que yo creo haber dicho sea que Maine no es más grande que Colorado, cosa que Field acepta, explica perfectamente cómo funciona la noción de verdad y cuál es en realidad la propuesta de los que abogan por las proposiciones. Lo que yo profiero, la adscripción de verdad negada: “Lo que la persona menos inteligente de la reunión ha dicho no es verdad”, funciona como una variable proposicional, con significado pero sin contenido a menos que se le ligue con un contenido concreto. En este caso el contenido es que Maine es más grande que Colorado, pero podría haber

sido cualquier otro, que a Victoria no le gustan los lunes o que China no es todavía un país democrático. Que uno pueda decir con la adscripción algo que no es lo que uno intenta decir prueba que las adscripciones de verdad (y sus negaciones) funcionan como variables. El MC se basa en esta asunción. Pero si las adscripciones funcionan como variables en el MC, funcionan como variables en cualquier situación. ¿Cuál es la característica de estas variables? Pues que no tienen contenido por sí solas, sino que lo heredan cuando el acto de habla en el que se profieren se liga contextualmente a otro acto de habla con un contenido genuino. La adscripción (A1),

(A1) Lo que la persona menos inteligente de la reunión ha dicho no es verdad, tiene un significado lingüístico derivado del significado convencional de las palabras usadas, pero en el sentido relevante de “decir”, no dice nada. Puede usarse para decir un número infinito de cosas, dependiendo del contexto. Consideremos las siguientes situaciones:

Joe Schmoe: Maine es más grande que Colorado

John Smith: China no es todavía un país democrático

Victoria Camós: No me gustan los lunes.

Dependiendo de quién sea la persona menos inteligente de la reunión (Joe Schmoe, John Smith o Victoria Camós), a qué reunión se esté refiriendo el hablante y a cuál de las proposiciones expresadas por esa persona, el contenido de (A1) variará. Pero para que haya contenido tiene que haber proposición, y una variable proposicional no es una proposición. Si (A1) refiere a otra adscripción, por ejemplo

(A2) Lo que dice Juan es verdadero,

(A1) no adquiere aún un contenido. Hace falta un nivel en el que se produzca una proposición genuina que confiera contenido a las adscripciones que remitan a él.

¿Qué pasa entonces con MC? Yo digo (A1), y resulta que soy yo la persona menos inteligente de la reunión con lo que lo que (A1) diría es que lo que yo he dicho es falso. Pero ¿qué es lo que yo he dicho? Estrictamente hablando, nada. He proferido una oración declarativa con significado que debería referir a un acto de habla en el que una proposición genuina se haya afirmado, pero he fracasado. El acto de adscripción es siempre de segundo orden, y si no hay acto de primer orden que lo fundamente, el acto de segundo orden permanece vacío. El MC no dice nada, no es más que un acto de habla fallido, como tantos otros, pero esto no afecta al funcionamiento de la noción de verdad.

Una puntualización de interés: el mero uso de un argumento como MC muestra que Field asume la solución de las proposiciones. Es lo que se dice mediante la oración y no la oración misma lo relevante para afirmar la consistencia o inconsistencia del resultado del acto de habla. Field rechaza la solución de las proposiciones pero, dado cómo funciona de verdad la noción de verdad, no puede por menos que usar las adscripciones de verdad en su sentido correcto, esto es, como variables proposicionales.

En un capítulo anterior, hablando de la construcción de Kripke, Field afirma:

(The argument can be generalized, by starting the construction not from the empty set but from some larger X_0 that is “sound” in the sense that every sentence in that X_0 gets value 1 relative to that X_0 . For instance, the set whose sole member is the sentence that asserts of itself that it is true is sound in this sense. (p. 61)

Si el valor semántico 1 representa lo verdadero, entonces el conjunto cuyo único elemento es una oración que afirma de sí misma que es verdadera no es “sound” en ningún sentido. Y el problema no es la auto-referencia. En muchos contextos la auto-referencia es inocua, pero como Austin afirmó en “Truth” (1950), “se necesitan dos para hacer una verdad” (p. 154, n. 13). Y una oración que afirme la verdad de algo necesita del otro miembro del par para hacer una afirmación genuina. MC no consigue alcanzar

un nivel en el que una proposición pueda heredarse, por eso no dice nada. Pero los infortunios por uso inadecuado de una noción no implican que la noción tenga defectos lógicos (si lo implicara, todas palabras del lenguaje serían defectuosas).

Que las adscripciones de verdad no son ni verdaderas ni falsas, sino que sólo las proposiciones genuinas tienen valor de verdad es lo hay detrás de la solución de las proposiciones a la paradoja del mentiroso. La esencia de esta solución es algo bastante obvio: que los portadores de verdad son las proposiciones, lo que se dice en un acto de habla exitoso con fuerza asertiva mediante el uso de una oración declarativa, y que las oraciones sólo son verdaderas o falsas de manera derivada. William y Martha Kneale dicen lo siguiente en su obra clásica: “A proposition or propositional content is that which is asserted in the making of a statement or expressed without assertion in the production of a subordinate clause (. . .). Clearly it is to propositions that the predicated ‘true’ and ‘false’ apply fundamentally” (KNEALE & KNEALE 1962, p. 50). Esta tesis acerca de los portadores fue rechazada por la filosofía analítica durante mucho tiempo; Tarski la rechazó. Y la estrategia de colocar los portadores en oraciones es lo que ha hecho que la paradoja del mentiroso, en principio un *puzzle* curioso que se soluciona de manera elegante distinguiendo entre significados y contenidos, se haya convertido en un problema intratable, cada vez más complejo, como lo muestra el libro de Field. Pero la solución no consiste en seguir añadiendo epículos, sino en colocar al Sol en el centro.

Respecto de los huecos en los valores de verdad también hay algo que decir. Mi hija Victoria no es ni un número par ni un número impar. ¿Significa esto que para tratar los predicados “par” e “impar” se necesita una lógica trivalente? Obviamente no. Mi hija Victoria no es un elemento del dominio de aplicación de esos predicados. Pues exactamente lo mismo ocurre con la oración del mentiroso y los predicados “verdadero” y “falso”. Una oración no es un portador, sólo lo es en sentido derivado cuando hay una proposición expresada por ella. No hay necesidad de debilitar nuestra lógica, ni de fortalecerla. Sólo hay que identificar correctamente el dominio de aplicación de los predicados que estamos analizando (para una discusión detallada del la paradoja y los portadores de verdad véase FRÁPOLLI (2008)).

Nadie, en la filosofía del lenguaje contemporánea, coloca los portadores de verdad en las oraciones. Este simple movimiento permite una nueva mirada al problema del mentiroso. Uno puede rechazar la solución de las proposiciones, pero entonces los argumentos tienen que ser más sólidos y más informados de lo que muestra el análisis de Field en el punto 7.4 (pp. 132 y ss.).

Se puede replicar que la paradoja y el tratamiento de Field no tienen que ver con la noción corriente de verdad y su tratamiento en la filosofía del lenguaje. Si esto es así, entonces hay que explicar cuál podría ser el interés de la noción-no-corriente si no es el de ofrecer una definición más precisa de la noción informal. Y entonces, además, habría que preguntarse por qué se ha recurrido a nociones informales, “genuinas”, de verdad, validez o argumentación para rechazar tratamientos que, en opinión del autor, no hacían justicia a estas nociones de “andar por casa”.

En el capítulo 8, “Truth-Value Gluts in Classical Theories”, se exploran las posiciones que aceptan (T-IN) y restringen (T-OUT). La característica de este tipo de estrategia es que se aceptan “cúmulos” de valores de verdad. De A se sigue tanto Verdadero (A) como $\neg$ Verdadero (A), sin que de estas dos últimas afirmaciones se derive la contradicción $A \text{ y } \neg A$ (puesto que hay restricciones de (T-OUT)). A estas soluciones las llama Field “dialéticas”. Al final del capítulo, Field compara las teorías que abogan por los huecos y las que abogan por los cúmulos de valores de verdad (*gaps* y *gluts*) y las encuentra inadecuadas por la razón básica de que con ellas no se puede explicar la intuición ampliamente compartida de que con la verdad y la falsedad expresamos acuerdos y desacuerdos.

En los capítulos que quedan de esta parte 2 se analizan otras propuestas de análisis, propuestas de vaguedad, superevaluacionismo, propuestas estratificadas y contextualistas. Todas ellas se consideran inadecuadas por razones diversas. En estos capítulos se realizan, en diversos lugares, las dos afirmaciones positivas sobre la verdad a las que nos hemos referido al comienzo de este comentario. La primera, en el capítulo 11, p. 177, es que la noción de verdad es un mecanismo de generalización. La segunda, en el capítulo 13, p. 209, que la noción de verdad, aunque sirve para expresar acuerdo y desacuerdo, no sólo sirve para esto. La razón que se aduce es que el operador de verdad de verdad puede aparecer incrustado en condicionales. Esta razón puede discutirse, esto es, puede discutirse si el aparecer incrustada evita que se la interprete como un modo de aceptación, pero la afirmación de que la verdad no sólo expresa acuerdo es correcta. De nuevo habría que decir aquí que la consideración de la verdad como un mecanismo para expresar acuerdo (aunque no sólo para eso) y su status de herramienta de generalización, tesis éstas a las que Field se adhiere a lo largo de la obra, fuertemente sugieren una solución proposicional a las paradojas. Esto es, si la noción de verdad puede servir para expresar acuerdo, la pregunta obvia es “¿acuerdo con qué?” y la respuesta, obvia también, es “con algo que alguien ha dicho previamente”. Esto es, las adscripciones de verdad remiten a actos de aserción. Si la verdad sirve para generalizar, la pregunta obvia es “¿Para generalizar sobre qué?” y la respuesta, obvia también, es “sobre proposiciones”.

Además, Field se acoge a lo que llama el *Principio de Intersustitutividad* (p. 210):

Si C y D son iguales excepto en que (en algunos contextos transparentes) uno tiene una oración “A” donde el otro tiene “(A) es verdadero”, entonces uno puede legítimamente inferir C de D y D de C.

El Principio de Sustitutividad tampoco puede mantenerse en las teorías que aceptan huecos o cúmulos de valores de verdad.

En el último capítulo de esta parte, titulado “Stratified and Contextual Theories”, se comentan estos dos tipos de teorías, que han tenido un gran peso en la discusión del problema de las paradojas semánticas. Lo que caracteriza a las teorías estratificadas es que en ellas no hay cabida para un único predicado de verdad, sino que se introducen diversos predicados, “verdadero₀”, “verdadero₁”, etc. con alcance más restringido. Las teorías contextualistas se caracterizan por que en ellas el predicado verdad tiene una extensión que depende del contexto. La versión de las teorías contextualistas que se tratan en el capítulo requiere también de cierta estratificación. Por esta razón, y porque Field asume que un tratamiento detallado de las teorías contextualistas requeriría mucho espacio, el capítulo 14 trata básicamente de la estratificación y sus versiones.

La intuición tarskiana de la estratificación tiene su punto de verdad. Si se necesitan dos para hacer una verdad, como Austin lo expresó, entonces una oración como la de mentiroso no puede referirse a sí misma. A la oración del mentiroso le falta otro nivel sobre el que se apoye, y Tarski pensó que esto exigía una jerarquización de los lenguajes. En los años 30 y 40 del pasado siglo, con el estado de la lógica y la filosofía del lenguaje, y las posiciones formalistas y nominalistas dominantes, la estrategia de Tarski era la esperable. Quizá hoy día los supuestos tarskianos deban revisarse a la luz de los desarrollos de la semántica y la pragmática. La filosofía del lenguaje contemporánea sugiere que los dos niveles que se necesitan para hacer una verdad no son homogéneos, no son dos oraciones, o dos fórmulas o dos lenguajes, sino un contenido proposicional genuino, y una adscripción de verdad que herede este contenido genuino. Hay, pues, un *ítem* que puede entenderse como lingüístico, la adscripción de verdad, pero otro no, la proposición heredada. Esto nos devuelve de nuevo al tema de los portadores. Las oraciones como tales no pertenecen al dominio de aplicación de los predicados “verdadero” y “falso”. Que los dos *ítems* no son homogéneos es la intuición correcta

que sustenta las teorías de la verdad como correspondencia. Las teorías de la verdad como correspondencia son el desarrollo de una afirmación trivial, la afirmación que se recoge en el *dictum* aristotélico: “decir de lo que es que no es y de lo que no es que es es falso, mientras que decir de lo que es que es y de lo que no es que no es es verdadero”. (*Metafísica*, Γ 6 1011b25). Pero una vez que se traspasa este nivel básico de trivialidad, este tipo de teorías encuentran serias dificultades que ya comienzan con la definición misma de los términos que usan, como “hecho” y “correspondencia”. No obstante, hay una intuición correcta que estas teorías tratan de fundamentar. Esta intuición explica el enorme éxito que las teorías de la verdad como correspondencia han merecido a lo largo de la historia, un éxito incomparable con el de ninguna otra teoría acerca de la verdad. La intuición correcta es la de que la verdad tiene, por decirlo de algún modo, dos polos, uno que corresponde al lenguaje y otro que corresponde a la realidad.

La suspicacia con la que en los años 30 se miraban las entidades abstractas como las proposiciones es lo que hizo que Tarski reprodujese las dos partes que se necesitan para dar sentido a una adscripción de verdad como si involucraran dos lenguajes, o dos niveles de lenguaje. Esta estrategia funciona para eliminar la paradoja pero crea otros problemas espurios que no derivan de la noción de verdad sino de la solución adoptada. Entre otros, el problema de la extensión al infinito de la jerarquía de lenguajes y la falta de un predicado general de verdad.

La intuición general, expresada por Austin, de que se necesitan dos para hacer una verdad coloca también en su justa medida el asunto de la reflexividad. La reflexividad no es algo que pueda aceptarse para todas las nociones o rechazarse para todas las nociones. Su aceptación o rechazo debe basarse en el significado de las nociones concernidas. En el caso de la verdad, los dos ítems que se requieren para hacer una verdad excluyen la posibilidad de que las adscripciones de verdad sean reflexivas (si se quiere obtener un acto de habla exitoso). Pero la reflexividad no tiene ninguna culpa. Simplemente el significado de la noción de verdad implica que sus instancias no pueden ser auto-referenciales.

Las teorías contextualistas ofrecen un camino más prometedor. Field, no obstante, las rechaza, entre otras cosas por su falta de precisión. De nuevo en la p. 213 hace referencia a la opinión de Gupta de la falta de precisión de las teorías contextualistas. El contextualismo merece sin embargo atención. Quizá algunas versiones tienen dificultades, pero la idea que las inspira a todas es, si se entiende correctamente, la que más se acerca a la verdad. Pero hay que entenderla correctamente: la explicación que hace Field parece sugerir que en estas teorías el predicado “verdadero” cambia de significado dependiendo del contexto. Esto es incorrecto. El predicado no cambia de significado, y el contextualismo no afirma que la noción de verdad es ambigua. La noción es la misma en cualquier contexto. Una oración como (A1) arriba,

(A1) Lo que la persona menos inteligente de la reunión ha dicho no es verdad, significa lo mismo en cualquier contexto en el que se profiera y el predicado de verdad que aparece en ella tampoco varía su significado de una ocasión de uso a la siguiente. Pero (A1) adquiere su contenido contextualmente, dependiendo del contenido del acto de habla al que nos refiramos. (A1) y el resto de las adscripciones funcionan de una manera similar a como lo hacen los demostrativos y los pronombres. No hay aquí nada oscuro ni vago que merezca el desprecio de Gupta y Field.

Además de la supuesta falta de precisión, Field rechaza a las teorías contextualistas por otras dos razones. La primera, por lo que él llama la “indefinida extensibilidad de la ontología” y la segunda por lo que denomina el “oscurantismo proposicionalista” (p. 213). Vayamos con la primera. La idea parece ser que la apelación a proposiciones que se generan contextualmente requeriría un repertorio previo de proposiciones disponibles, que iría aumentando indefinidamente. Este argumento no deja de ser curioso. Justamente

una de las características que hacen al lenguaje un instrumento tan útil de comunicación y representación es su creatividad. Todos somos capaces de producir y comprender oraciones que nunca antes hemos oído. Esta característica del lenguaje y su utilidad es un tema fijo en los primeros capítulos de cualquier manual de filosofía del lenguaje. Si el argumento de la “indefinida extensibilidad de la ontología” tuviera alguna solidez, plantearía un grave problema no ya a la noción de verdad ni a las teorías contextualistas, sino a la misma existencia del lenguaje natural. Sobre este mismo punto, aunque de menor alcance, en la p. 211 Field dice:

A contextual (indexical) theory of “here” requires a prior non-contextual account of what places are, so that context can attach such a place to a given token of “here”. Similarly, a contextual theory of “true” requires a prior non-contextual account of what the available “extensions” are for the predicate on any given occasion of use.

La comparación entre la noción de verdad y el adverbio “aquí” es adecuada. Ya se ha repetido en este comentario que las adscripciones de verdad funcionan como variables, y los deícticos también funcionan así. Sin embargo, la afirmación con la que comienza el párrafo, en el sentido de que para tener una teoría de cómo funciona el adverbio de lugar se necesita una teoría de qué son los lugares, es simplemente falsa. Las teorías de los demostrativos no proporcionan una visión previa de qué sean los objetos a los que podamos referirnos en actos de demostración, las teorías de los nombres no proporcionan teorías complementarias de que sean aquellas cosas que puedan portar nombres, etc. Una teoría filosófica acerca de cómo funciona el lenguaje, o una teoría lingüística, no tiene que ofrecer una lista previa ni siquiera una definición, de aquellas cosas que hacemos al usar el lenguaje. Expresamos proposiciones, las asumimos, dudamos de ellas, o las rechazamos. Las proposiciones son los contenidos de algunos de nuestros estados mentales, aquellos que representamos mediante verbos de actitud proposicional etc. La lingüística y la filosofía del lenguaje contemporáneas han desarrollado teorías muy sofisticadas que nos ayudan a entender nuestros actos comunicativos, incluidos aquellos fallidos o vacíos, incluidos aquellos que incorporan oraciones como la del mentiroso. Un argumento como el de la “indefinida extensibilidad de la ontología” no se sostiene, por mucho que dentro del paradigma formalista-sintacticista que deriva de Tarski pueda haber dado lugar a complicadas discusiones lógicas. Si de lo que se trata es de entender y explicar el significado de nociones que usamos en nuestros intercambios cotidianos, entonces estaría bien que consideráramos lo que de verdad los hablantes hacen con estas nociones, y lo que los teóricos del lenguaje han dicho respecto de ellas.

La segunda crítica, la del “obscurantismo proposicionalista”, tiene que ver con el MC en su versión proposicional. Este punto ya ha sido suficientemente tratado. Consideremos sólo que si bien hay oraciones del mentiroso, no hay “proposiciones” del mentiroso, lo que hay son actos fallidos que no producen el resultado deseado. Field ofrece dos opciones, o bien que la persona que profiere MC no diga o no crea realmente ninguna proposición o bien que diga o crea una proposición distinta de la que pretende. Ambas posibilidades son razonables y posiblemente no se puede dar una teoría para todos los casos. Ambas posibilidades han sido tematizadas por teorías contemporáneas merecedoras de respeto, en un caso hablaríamos de infortunios (véase, por ejemplo, AUSTIN (1962)), en otro diríamos que a veces los hablantes no tienen un acceso privilegiado a los contenidos de sus estados mentales (véase por ejemplo PUTNAM (1975) y BURGE (1979)). Ambas situaciones se dan de hecho, ¿qué ganamos rechazando su tratamiento por ser “obscurantista”? Podemos rechazar trabajar con proposiciones, podemos rechazar el fenómeno de la dependencia contextual del contenido, pero entonces dediquémonos a actividades que no tengan como objetivo la comprensión del lenguaje. Porque el lenguaje es un vehículo

de expresión proposicional, entre otras cosas, y porque lo que los hablantes decimos es una función de los significados no contextuales y de factores contextuales.

§4. Soluciones paraconsistentes. La parte IV, “More on Paracomplete Solutions”, consta de cuatro capítulos. En el primero de ellos, el capítulo 19 se considera la noción clásica de validez y una alternativa más débil como modo de solucionar paradojas, entre ellas la de Curry. En el capítulo siguiente el argumento se extiende a otras paradojas (se mencionan las de König, Berry y Richard) y se analiza la posibilidad de definir la noción de validez dentro de la Teoría de Conjuntos. Un ejemplo del tipo de argumentación que se exhibe y que, de acuerdo con la tesis general de esta obra y del paradigma que representa, llevaría a modificar la lógica clásica para evitar contradicciones lo proporciona la versión de la paradoja de Curry que aparece al comienzo del capítulo 19, pp. 281 y ss. Se desarrolla del siguiente modo:

Supongamos que K es equivalente a la oración (*)

(*) Verdadero (K) $\rightarrow$ la tierra es plana.

Asumamos el antecedente por mor del argumento, esto es, asumamos (**)

(**) Verdadero (K).

Por la regla de la eliminación de “verdadero”, T-eliminación, obtenemos K a partir del supuesto (**). Pero K es (*). De (*) y (**), por Modus Ponens, obtenemos (***)

(***) la tierra es plana. Esto es, hemos establecido (****),

(****) Verdadero (K) $\models$ la tierra es plana.

De (****) se pasa a (*****),

(*****) $\models$ Verdadero (K) $\rightarrow \models$ la tierra es plana.

Pero la fórmula tras “ $\models$ ” en (*****) es K , por lo que se ha establecido (*****),

(*****) $\models K$

La pregunta que se hace Field es: ¿En cuál de los pasos dados nos hemos equivocado? A continuación analiza las consecuencias de renunciar a cada uno de los principios usados en la derivación: T-eliminación, $\rightarrow$ -introducción y Modus Ponens. De acuerdo con la interpretación de Field, lo que la paradoja de Curry muestra es que, conjuntamente, las reglas de T-introducción y T-eliminación, y $\rightarrow$ -introducción y $\rightarrow$ -eliminación son inconsistentes en la lógica clásica (p. 284). La solución tiene que venir, pues, de alguna modificación de la lógica de base.

Desde una perspectiva pragmática, que Field rechaza, que meramente considere que los argumentos son cadenas de proposiciones que reflejan prácticas inferenciales reales, la pregunta que nos haríamos sería otra. ¿Qué dice exactamente (*)? ¿Se podría ofrecer alguna ejemplificación? No parece. (*) es desde cualquier punto de vista que tenga apoyo en la filosofía del lenguaje o la lingüística una mera sucesión de signos sin sentido. Por ello, no es de extrañar que dé lugar a dificultades. En vez de cambiar la lógica clásica, que representa principios triviales de razonamiento, al precio de hacer violencia a nuestras intuiciones más asentadas y complicar extraordinariamente la teoría, quizá deberíamos revisar el punto de partida de argumentos con éste y el tipo de presupuestos que sustenta este paradigma.

No es sólo que la lógica clásica represente principios triviales y su rechazo haga violencia a nuestras intuiciones. En filosofía y en ciencia estamos acostumbrados a renunciar a intuiciones muy asentadas. El problema aquí es que la renuncia a estas intuiciones crea una brecha entre la lógica teórica y las prácticas inferenciales, y esto deja a la lógica teórica sin fundamentación. Pues si no representa razonamientos reales, ¿qué representa?

Los tres capítulos que restan para concluir esta parte IV — el capítulo 21, “Do Paracomplete Solutions depend on Expressive Limitations?”, el 22, “Determinateness, Hyper-Determinateness, and Super-Determinateness”, y el 23, “Determinateness, Stratification,

and Revenge” — están dedicados a rebatir el argumento de que las soluciones paracompletas, que rechazan la validez universal del principio del Tercio Excluido, descansan en el mecanismo de reducir la potencia expresiva de los lenguajes para los que se proponen.

La última parte del libro consta de cuatro capítulos en los que Field discute con Graham Priest acerca de los méritos del dialeteismo. En el capítulo 24, “An introduction to Paraconsistent Dialetheism”, Field explica en qué consiste esta postura. El dialeteismo se identifica con la tesis de que algunas oraciones son a la vez verdaderas y falsas. De acuerdo con Field, hay dos tipos de dialeteismo: las teorías de los cúmulos, que asumen que algunas contradicciones son verdaderas, y el dialeteismo paraconsistente, que acepta de hecho algunas contradicciones. La diferencia es que las teorías de los cúmulos no aceptan contradicciones, aunque aceptan que algunas contradicciones son verdaderas. La aparente contradicción se explica porque estas teorías no aceptan la regla T-eliminación, y así pueden sostener que *es verdadero que* $A \ \& \ \neg A$, sin tener que asumir que $A \ \& \ \neg A$.

El dialeteismo paraconsistente acepta algunos casos de $A \ \& \ \neg A$, pero rechaza la regla clásica de la explosión, esto es, la regla de que de una contradicción se sigue cualquier cosa. Esta regla es equivalente a la regla del silogismo disyuntivo, esto es, a la regla de que de una disyunción y la negación de uno de los disyuntos se sigue el otro disyunto, por lo que esta regla se rechaza también. Pero el silogismo disyuntivo en la lógica clásica es equivalente al Modus Ponens, por lo que los dialetheistas se ven obligados a buscar un condicional distinto, no definible en términos de negación y disyunción. Acerca del rechazo de la regla de explosión y su efecto en nuestras prácticas argumentativas, hay en la p. 362 una nota muy significativa. Dice Field:

A main worry that many people have about paraconsistent dialetheism is that once someone allows the acceptance of contradictions they can never be rationally persuaded to reject anything: if the person starts out believing that there were weapons of mass destruction in Iraq and you present evidence to the contrary, the person can agree that there weren't while retaining his belief that there were. I'm embarrassed to admit that I once tentatively voiced this worry in print, but as PRIEST 2006a (ch. 7) argues convincingly, it is misguided: it rests on ignoring all rationally considerations besides the purely logical. (p. 362, n. 1)

Field se declara avergonzado de haber sacado las consecuencias obvias del rechazo del principio de explosión. No debería. Si bien es cierto que la lógica sola no puede dar cuenta de toda nuestra conducta racional, los principios de la lógica clásica forman el núcleo de lo que entendemos por “conducta racional”, entre otras razones porque lo que estos principios representan son las conexiones inferenciales básicas de nuestros conceptos. Los presupuestos del dialeteismo atacan directamente a estos principios y hay que tener muy buenas razones para renunciar a ellos. Ni Priest ni Field las proporcionan.

En el capítulo 26, “Paraconsistent Dialetheism and Soundness”, se ofrece una comparación entre el dialeteismo y el resto de las soluciones abordadas en el libro respecto de la corrección. Ninguna de las teorías que Field recoge en esta obra se declaran a sí mismas correctas (*sound*), (algunas declaran que sus axiomas no son verdaderos y otras renuncian a la preservación de la verdad en sus reglas) lo que no significa que ninguna solución a las paradojas pueda serlo. La conclusión de Field en este punto es que el dialeteismo paraconsistente no obtiene mejores resultados, y que de hecho, las versiones estándar obtienen resultados peores.

En el capítulo 27, “Hyper-Determinacy and Revenge”, el último, se evalúa el comportamiento de la versión de Priest del dialeteismo paraconsistente en relación a lo que

Priest ha llamado “las paradojas de la venganza”. En opinión de Priest, todas las soluciones a las paradojas semánticas dan por supuestas nociones que, de un modo u otro, reproducen las paradojas. Field argumenta que la posición de Priest no se libra de la venganza tampoco.

§5. Algunos comentarios finales. No hay ninguna conclusión general de la obra. Durante el desarrollo de la misma se sugiere que se ofrecerá una solución paraconsistente que se fundamentaría en un debilitamiento de la lógica clásica, pero en los últimos capítulos lo que aparece es una discusión con Priest en la que se critican algunas de sus tesis sin que se vea claramente si hay una propuesta nueva. Field parece haberse convencido de algunas de las afirmaciones del dialeatismo de Priest, aunque su propuesta general no le convence completamente. La situación al final es esta: se revisan las propuestas clásicas, se rechazan como inadecuadas y se juega con un acercamiento a posiciones paraconsistentes que permitirían asumir que la paradoja del mentiroso supone una contradicción real. El precio es altísimo, como el mismo Field reconoce a lo largo de la obra, sobre todo cuando no ofrece ninguna propuesta elaborada con la que podamos empezar a trabajar.

La alternativa que se puede plantear es considerar a las paradojas y a todas las soluciones que Field comenta como indicio de que algo anda muy mal en nuestras asunciones de partida. La concepción de la verdad como mecanismo para expresar acuerdo, por un lado, y como mecanismo de generalización, por otro, fuertemente sugieren, como se ha dicho, una solución que pase por un cambio de portadores y por la aceptación de que aquello de lo que decimos que es verdadero y falso son las proposiciones que producimos en nuestros actos de habla aseverativos. Esta opción no tiene ningún riesgo. Es la que la filosofía del lenguaje ha adoptado desde los años 50 del siglo pasado. Si esta opción se acepta, nos ahorraríamos toda la sucesión de teorías formales cada vez más complicadas y cada vez más alejadas de nuestras prácticas reales.

Saving Truth from Paradox contiene una revisión de la discusión de la paradoja del mentiroso durante el pasado siglo, junto con la defensa de un argumento filosófico cuya conclusión consiste en abrir la puerta al dialeatismo. En lo que respecta a la parte descriptiva esta obra merece seria consideración. Hay un esfuerzo muy meritorio por parte del autor en hacer inteligibles las teorías presentadas y en señalar con claridad sus contenidos filosóficos. El argumento filosófico que la obra presenta es, no obstante, discutible. Cuando Field expone sus puntos de vista acerca de la noción de verdad y los principios que la gobiernan — la introducción y eliminación del operador de verdad, el Principio de Intersustitutividad, su función como mecanismo de generalización, su uso para expresar acuerdo, etc. — acierta completamente y muestra una comprensión correcta de la noción. Lo que falla pues son los presupuestos del paradigma, y a estas alturas ya es hora de honrar a la filosofía analítica poniéndola al día.

Referencias.

- AUSTIN, J. 1950, “Truth”, en *Philosophical Papers*, (Oxford: OUP), 1961, págs. 117-133. Traducción castellana: “Verdad”, en *Ensayos filosóficos*, (Madrid: Alianza Editorial), 1989, págs. 119-132; y J. A. NICOLÁS Y M. J. FRÁPOLLI (eds.), *Teorías de la verdad en el siglo XX*, (Madrid: Tecnos), 1997, págs. 225-242.
- 1962, *How to do things with words*, (Oxford: Clarendon Press).
- BURGE, T. 1979, “Individualism and the Mental”. *Midwest Studies in Philosophy* 4: 73-121.
- FRÁPOLLI, M. J. 2008, “How Paradoxical is the Liar Paradox?”, *Logos Architekton. Journal of Logic and Philosophy of Science*, Topic: *Paradoxes*, edited by VIRGIL DRAGHICI, vol. 2, nº. 2, Autumn-Winter, (Cluj-Napoca, Romania: Cluj University Press).

- KNEALE, W. Y KNEALE, M. 1962, *The Development of Logic*, (Oxford: Clarendon Press).
- KRIPKE, S. 1980, *Naming and Necessity*, (Oxford: OUP).
- PUTNAM, H. 1975, "The Meaning of 'Meaning'", *Mind, Language and Reality. Philosophical Papers*, vol. 2., (Cambridge, Mass.: CUP), pp. 215-271.
- RECANATI, F. 1993, *Direct Reference. From Language to Thought*, (Oxford: Blackwell Publishers).
- 2004, *Literal Meaning*, (Cambridge: CUP).
- SPERBER, D. Y WILSON, D. 1986, *Relevance. Communication and Cognition*, (Oxford: Blackwell Publishing).

MARÍA JOSÉ FRÁPOLLI SANZ

Universidad de Granada. frapolli@ugr.es.

Entrada para la Tabla de contenidos:

H. Field, *Saving truth from paradox*. Reseñado por María José Frápolli Sanz xxx